

profesaba la sultana Validé. Una burla de este Juvenal otomano le costó la vida, cuando se vendian escandalosamente los empleos, en tiempo del penúltimo gran visir, Sarikatib se encontró al salir del serallo con uno de sus amigos que le preguntó de donde venia. « Vengo, le dijo con amarga indignacion en el acento, del mercado de los esclavos. »

Como Caton, se anticipó al verdugo con el puñal, y murió deplorando la decadencia de su patria.

El eunuco negro Suleiman-aga, cuya sangre fria é intrepidez habian suplido por la noche la ausencia del gran visir y salvado á su señor, fué elevado al primer empleo doméstico del palacio, al de kislár-aga. Él habia sido el verdadero gran visir en aquel trance. La sultana Tarkhan, ahora Validé y dueña del gobierno, le entregó con el título de kislár-aga la tutela del niño que habia salvado y la direccion absoluta del divan. Se sirvió de su crédito con la insolencia de un etiope, que llega al penúltimo escalon del imperio.

XXXIV

Siawusch-Bajá no tardó mucho en cansarse del título de visir puramente honorífico bajo un favorito

que le dictaba sus órdenes por medio de un niño y de una mujer. — « No es el poder de un gran visir, » decia á menudo, « la vergonzosa esclavitud de los eunucos negros es lo que se me quiere imponer. »

Sus murmuraciones fueron calificadas de criminales. La sultana, sujeta por gratitud al eunuco, buscaba á su vez un gran visir fuerte para sostener el imperio, bastante resignado para sufrir un protector en Suleiman-Aga. No habia mas que uno solo, Kœprilu, bajá envejecido en las guerras y los consejos, extraños á las facciones, uno de esos hombres que descuida el favor porque ellos se desdeñan de buscarlo, y que llegan al último período de su vida antes de reconocer en ellos la capacidad suficiente para salvar los imperios. Ya comenzaba á pronunciarse su nombre; pero el temor de su superioridad lo alejó otra vez mas de los oidos de la Validé.

El eunuco pidió á la sultana madre la destitucion y la muerte de Siawusch-Bajá; pero esta solo le concedió lo primero y un honroso destierro á Malghara. Suleiman-Aga nombró en su lugar á un anciano de noventa y dos años, llamado Gurdji-Mohammed. Su caducidad era su título. Suleiman-Aga queria reinar á su sombra. Hizo desterrar aquellos consejeros de la sultana que habian pronunciado el nombre de Kœprilu, y desterró á este á Gustendjil para que la distan-

cia oscureciese el brillo de su mérito. Las exacciones llenaron el tesoro; las plazas de aga de los genízaros, de defterdar, de camarero mayor, de visir, fueron dadas á cortesanos lisonjeros y á bufones de Suleiman-Aga. Ipschyr-Bajá y Abaza-Bajá, hijos del gran rebelde, se insurreccionaron en Caramania y avanzaron hasta Brussa. Negocióse vergonzosamente con ellos, y se compró su retirada y su sumision con gobiernos y subsidios.

El Egipto, presa de las insurrecciones y de la anarquía, se veía privado de la administracion directa y regular de la puerta. El sultan convocó un divan solemne para deliberar acerca del partido que debia adoptarse respecto de esta provincia importante de la monarquía. La sultana Validé asistia á él detrás de la celosía de la tribuna de su hijo. El gran visir, con la incuria de la extremada vejez y su locuacidad, propuso el primero y sostuvo largo tiempo el funesto sistema de gobiernos vitalicios, especie de abdicacion parcial que convierte las provincias en patrimonio que pasa muy pronto á ser hereditario de los bajás. Masud-Bajá, hombre de estado que se dió á conocer por esta discusion en un consejo de eunucos, lo refutó con elocuencia é indignacion. El gran visir insistió y reclamó en su réplica hasta la saciedad el respeto debido á sus muchos años.

« Padre mio, » exclamó la sultana levantándose con impaciencia, y descorriendo la cortina que se ocultaba, « no se trata aquí de barba blanca, cenicienta ó negra, se trata del mejor consejo y de la mas sana política. »

Masud ganó en aquella ocasion la confianza de la sultana. Por la noche convocó un nuevo divan en el kiosko del serrallo, llamado el kiosko *del Mar*, porque las olas bañan sus muros. Se trataba de la marina; el gran visir habló de ella como del Egipto; Masud alentado por la aprobacion de la sultana Validé le demostró su ignorancia y su impericia. El sultan, preparado de antemano por su madre para representar su papel, hizo pasar á Gurdji-Mohammed un katti-scherif:

« No podré leerlo, » dijo el gran visir, « que entre el secretario del divan, y que me lo lea. »

El mufti presente lo cogió y leyó:

« Tú, mi visir, » decia el lacónico escrito, « entrega el sello. »

Las manos temblorosas de este anciano no podian desatar el cordon del bolsillo de seda en que los grandes visires llevan sobre el pecho el sello del imperio. El camarero mayor se vió obligado á ayudarlo. Balbució algunas quejas sobre la injusticia y la ingratitud de los hombres. Masud, sin decoro en el len-

guaje y sin sentimientos generosos, lo apostrofó con desden, esperando levantarse sobre su ruina. Gurdji-Mohammed se retiró con las lágrimas en los ojos. Este ultraje á la vejez es raro entre los otomanos, que creen que la edad es sagrada, y que la experiencia es el oráculo vivo de los negocios.

El sultan reunió al dia siguiente el consejo y provocó la cuestion de la eleccion de un gran visir. El muftí dijo que esto correspondia al sultan solo. Masud pidió que se aplazara y se nombrara un simple caimakan ó teniente general del imperio; otros pidieron por visir, á Hussein-bajá serdar ó generalísimo del ejército de Creta, estimado y querido de las tropas. Los agas de los genizaros y de los spahis se opusieron á ello, como á una medida que desmoralizaria al ejército que mandaba Hussein, y que colmaba de júbilo á los venecianos. La sultana Tarkhan que empezaba á tomar parte en las discusiones de Estado, y que queria complacer á los generales sosteniendo su opinion, habló detrás de la cortina contra la eleccion del valiente Hussein.

Los pareceres recayeron unánimemente en el nombre de un bajá oscuro, pero cuya reputacion de severidad inexorable presagiaba al imperio un verdugo mas bien que un ministro: este era Ahmed-bajá. albanés feroz, paje primero, kiaya despues del gran

visir asesinado por los spahis en el hipódromo, que se habia él mismo libertado con mucha dificultad de la muerte, y que habia conservado un horror tan profundo á la indisciplina, que lo hacia vengarse del terror que habia sufrido, con el que inspiraba á su vez á los partidos. Ahmed-bajá aceptó con la condicion de gozar de una absoluta independenciam en sus actos.

XXXV

Su breve administracion no fué mas que una brusca serie de represalias contra todos aquellos que habian tomado parte en las últimas sediciones. Se atrevió con el mismo Suleiman-Aga, y desterró al eunuco al interior del Egipto. Depuso al muftí porque en un acceso de cólera habia arrancado la barba á un antiguo juez de Caffa en Crimea. Una disputa con el capitán-bajá sublevó contra él á los visires, á los agas y al haren. Propalóse la noticia de que queria librarse del yugo importuno de la sultana Validé, sustituyendo al jóven Mahomet IV con Suleiman. La credulidad del haren provocó su caida y su muerte.

Para que nada sospechara, la sultana lo colmó de

favores; le envió la víspera de las fiestas un caftan de marla y un puñal con mango de diamantes. Al felicitarlo sus secuaces por estos presentes contestó: « ¡ In-
« sensatos! ¡ Qué poco conoceis las costumbres cor-
« tesanas! Todo esto es el presagio de mi ejecucion.
« Para servir al padischah he provocado á todo el
« mundo contra mí; no he pensado que resistir á to-
« dos es buscar su propia ruina: recojo la cosecha
« de lo que he sembrado. »

Sus sueños confirmaron sus reflexiones del dia. Llamáronlo repentinamente al serrallo: presintió el suplicio y se preparó para él con la ablucion y las oraciones de los moribundos: « Gracias á Dios, » dijo atravesando el umbral, « mis enemigos no vivirán
« mucho tiempo. »

Al verlo entrar, el sultan lo apostrofó con cólera, superior á su edad, y ordenó á los bostandjis que lo extrangularan en su presencia.

« Mi padischah, » le dijo inclinándose el fiel, pero importuno visir, « tú me haces morir injustamente; « el último dia del juicio mis manos pesarán terrible-
« mente sobre tu cabeza. » El niño volvió la cabeza á otro lado y los mudos le apretaron el cordon. Su cadáver fué entregado á su hija única para que lo sepultase en la tumba que él mismo habia hecho construir bajo los cipreses de Scutari.

Su crimen consistia en haber servido con demasiada energía un poder débil, que no sabia sostener á sus servidores. Sucedióle su enemigo el capitán-bajá, Dervisch-Mohammed.

XXXVI

La agitacion de las provincias se propagó á la capital. Un scheik de Meniah, que pasaba por profeta, declaró en un púlpito de Constantinopla, en nombre de Dios, que todas las calamidades de los otomanos venian del influjo de la sultana Tarkhan, á quien era menester desterrar ó casarla con un bajá que la separase de las intrigas del haren. Como estas predicaciones conmovian el pueblo, el fanático fué embarcado una noche y relegado á sus montañas.

El eunuco Abderrahman, gobernador de Egipto, que venia á Constantinopla con los tesoros del Cairo para comprar el gran visirato, fué acusado de haber tomado parte en el asesinato del sultan Ibrahim.

« Apenas llegue el registro del Egipto que contiene « el secreto de sus riquezas, » escribió la sultana madre á su hijo, « lo matarás. » El gran visir hizo pre-

sente al sultan que los eunucos tenían el privilegio de no poder ser ejecutados sino dentro del serrallo. Abderrahman fué extrangulado al entrar en él.

Este suplicio hizo temblar á los eunucos; la influencia de las mujeres subió á consecuencia de este crimen. La nodriza del sultan, casada por la sultana Koesem con el cafetero mayor del serrallo, y una esclava favorita de la misma sultana, llamada Antar, con Murteza, bajá de Erzerun, se disputaron el gobierno del haren. Suleiman, hermano del sultan, fué relegado al kiosko *del jardin de las espinas*, sombrío vestíbulo de la muerte, especie de limbo del palacio, entre el trono y el suplicio.

Beiram-Aga, nuevo jefe de los eunucos negros, nombrado kislár-aga de Mahomet IV, adquirió la influencia que tenia sobre esta criatura Suleiman-Aga.

Hasta los pajes, compañeros de diversion y de ejercicios de Mahomet IV, inspiraban recelos á su madre. Beiram-Aga, advertido por los preceptores del príncipe de la familiaridad naciente de los pajes con el sultan, observó un dia que el niño se entusiasmaba demasiado por estas diversiones con los muchachos de su edad, y le hizo un signo para que volviese á sus apartamentos.

« Lala mio, » le dijo Mahomet, « mis antepasados
« tenían la costumbre, bien lo sé, de pasar los dias

« de fiesta en el cuarto de los pajes para ser testigos
« de los progresos que hacian en los ejercicios cor-
« porales é intelectuales, y yo me complazco en ha-
« cer lo mismo que practicaban mis mayores. »

Beiram fué á quejarse á la sultana Validé de la desobediencia de su hijo. « ¿Porqué permitis, » le dijo, « que el sultan pase las noches con los pajes? ¿Igno-
« rais que hay entre ellos jóvenes que aspiran á ser
« favoritos para privaros del influjo que teneis en su
« ánimo? »

— « Aga, » respondió la madre indulgente al eunuco, « mi leon tiene todavía la inocencia de un niño que se divierte con los juegos propios de su
« edad; dejadlo velar hasta media noche. »

Sustituyendo Beiram-Aga su propia severidad á la muelle ternura de la Validé, volvió á la sala de los pajes, cogió al sultan por la mano, y lo obligó á entrar en sus apartamentos, diciéndole que la Validé lo habia mandado.

El niño murmuró y vertió algunas lágrimas de humillacion; los pajes ofendidos sacaron sus puñales; los mudos protegieron con pena al eunuco contra los jóvenes favoritos. Los pajes atrajeron á su causa los spahis, irritados como ellos, por una alteracion en las monedas que les quitaba unos aspros de sueldo. Saquearon la casa del defterdar; protesta-

ron contra las órdenes del aga de los genízaros que les prohibía el uso del tabaco : « dejadnos fumar, » gritaban en los patios del serrallo, « ó este humo « se convertirá en la llama de una revuelta contra « vos. »

XXXVII

El gran visir Dervisch-Mohammed murió en estas angustias del imperio. El terror y la corrupcion contribuyeron á que fuera nombrado en su lugar Ipschyr, el agitador amnistiado del Asia. El título de gran visir no hizo mas que exaltar su audacia. Rehusó salir de Alepo en donde era gobernador, bajo el pretexto de que tenia que apaciguar algunos trastornos en el Asia. Ordenó á todos los beglerbegs que se le reunieran para la primavera en Koniah. como si hubiese querido aparecer en Constantinopla, no como visir, sino como conquistador. « Ve esas tropas, » dijo al mensajero que le traia una carta del sultan para que fuese inmediatamente á ocupar su puesto, « y juzga si con tales fuerzas jugaré mi cabeza con « tra la carta de un niño. »

El Asia entera lo consideraba como un dictador que iba á purgar y regenerar el imperio; la córte y la capital sentian haber sancionado tanta insolencia confiriéndole un título legal. Las irresoluciones del divan daban lugar á escenas y luchas que convertian los consejos en tumultos. El capitán-bajá evitó el puñal de los eunucos, que le echaban en cara delante del sultan, el haber derramado la sangre de Ibrahim, abriendo paso á su fuga con el acero en la mano. Ipschyr, que habia llegado ya de Nicomedia, entró como triunfador en Constantinopla. La sultana Validé, para saciar su ambicion, le dió la mano de la jóven sultana Aische, hija suya, y hermana de Mahomet IV. Ipschyr proscribió ó mató á todos los enemigos que tenia en el divan.

El defterdar Morali-bajá, cuya vida habia pedido la Validé, fué cogido por cuatro chiaux. Antes de llegar al sitio de su destierro, lo desnudaron, le pusieron la túnica de un paisano que labraba su campo cerca del camino, y fué estrangulado por los verdugos. Su opresion sublevó contra él á los mismos soldados, que eran sus instrumentos en la capital. Los genízaros vieron su destruccion en el armamento de las provincias y en los favores dispensados á las tropas asiáticas, traídas por él á la capital. Una peticion, paseada á la luz de las antorchas por los genízaros, pidiendo

la cabeza de Ipschyr y del muftí sublevó en una noche á la ciudad entera.

Miéntas que el gran visir se refugiaba en el serrallo, los revoltosos saqueaban su casa y hallaban en ella cuatrocientos mil ducados de oro, fruto de sus exacciones. — « ¿Qué se hace? » exclamó el sultan. Todo el consejo se calló: el aga de los genízaros animado por la desgracia de Ipschyr, y descubriendo la enemistad de todos contra el comun opresor, se levantó: « Mi padischah, » dijo señalando con el dedo al gran visir, « tus esclavos están contentos contigo, « pero no con tu *lala*. Miéntas el gran visir y su « cómplice el muftí vivan, las tropas no se dispersarán. »

Cogido Ipschyr en las redes de su ambicion, se prosternó para dejar el sello, con tanta humildad en su infortunio como habia tenido insolencia en la privanza. « ¡Queremos su cabeza! » gritó la soldadesca á través de las verjas del palacio. Lleváronse la hipódro. El pueblo la pasó de mano en mano como un juguete, y los soldados la clavaron en la punta de una lanza. Su partido murió con él; la popularidad del cuartel tiene menos raices que la de opinion; solo Abaza-bajá, su cómplice, que se hallaba en Scutari á la cabeza de un cuerpo de asiáticos para intimidar á la capital, le fué fiel despues de su suplicio.

La mitad de las tropas de Abaza lo habian abandonado para unirse en Constantinopla á los spahis y á los genízaros sublevados. Gurd-Mohammed, en otro tiempo kiaya de Ipschyr y ahora tráfuga de su causa, fué á Scutari á exhortar á Abaza á someterse con su puñado de asiáticos á las órdenes del nuevo gran visir: « Que tu rostro se encienda de vergüenza, » le respondió Abaza irritado con tanta bajeza, y partió con sus tropas para las montañas de Caramania.

XXXVIII

Un armenio, llamado Suleiman-Bajá, marido de una sultana, debió el sello al favor de la Validé. Su mano incierta y débil no pudo contener la decadencia general del gobierno. Lo abandonó y se volvió á hablar de Kœprilu; pero la modicidad de su fortuna en una época en que todo se compraba, hasta la obediencia, sirvió todavía de pretexto á sus rivales para que se rechazara su candidatura: « Cómo podria gobernar el mundo un hombre sin fortuna? » exclamo el mismo Suleiman-Bajá.

Envióse el sello al conquistador de Creta, al serdar Hussein. Un caimakan fué instituido para aguardarlo, el capitan-bajá Surnaza-Bajá, hombre ambicioso y turbulento, que queria gobernar por sí mismo. La agitacion que fomentó secretamente en las tropas, forzó al sultan á celebrar un divan á pié, especie de sesion soldadesca y popular en presencia de los sediciosos.

Las tropas exigieron que saliese, (contra el uso,) del patio del serrallo por la puerta de la *Felicidad* para que compareciese en el *Alai-Kiosk*, situado en el ángulo de los jardines que daban vista á la plaza en donde estaban ellas reunidas. Mahomet IV se sentó detrás de una reja; gritos imperiosos lo obligaron á mandarla abrir. Los consejeros de su juventud lo cercaban para inspirarle sus respuestas; nuevos clamores pidieron la separacion de estos consejeros para que el padischah, en edad ya de pensar, hablase por sí mismo; los visires desaparecieron de su presencia. Sin embargo, los dos jefes de los eunucos blancos y negros se colocaron sin ser vistos á sus piés para decirle en voz baja las palabras que habia de pronunciar. Un juez, llamado Hassan, habló en nombre del pueblo. pidió la reforma de los abusos y treinta cabezas indicadas en una lista de proscripcion. Como prueba de su delito arrojó al suelo algunos áspros fal-

sificados, moneda que engañaba y arruinaba al pueblo.

Los dos eunucos, comprendidos en la proscripcion, hicieron pronunciar al sultan algunas palabras vagas de reparacion de agravios. El caimakan se acerca á la ventana y promete en nombre del padischah que los treinta culpables serán despojados y desterrados. « Pero no pidais sus cabezas, » añadió por agradar al sultan.

« Cuida de tí mismo, » le respondió la multitud inexorable.

El desgraciado niño vió arrancar de debajo sus piés á los dos eunucos cuya vida habia querido salvar. Extranguláronlos ánte sus ojos, y sus cadáveres fueron arrojados por el balcon. Otros tres eunucos sufrieron en el acto la misma suerte. El preceptor predilecto de Mahomet IV; el tesorero general; el capu-agá, jefe de la guardia del serrallo; el kisklar-agá, su mayordomo mayor; el director de aduanas, Hassan; Shaban-Khalifé, mariscal del palacio, el cafetero mayor, en fin la omnipotente Meleki, favorita sucesiva de las dos sultanas Validé, pedidas, disputadas, regateadas é implacablemente rehusadas á las súplicas y á los sollozos del sultan, fueron arrojadas sin vida al pueblo desde la misma tribuna.

Este monton de cadáveres llegaba al nivel del bal-

con del kiosko. El caimakan Surnazen-Bajá recogió como lo habia premeditado el sello del imperio, teñido en la sangre de aquellas víctimas. Pero apenas lo hubo proclamado Mahomet IV gran visir, las tropas envidiaron su fortuna, y exclamaron, viéndolo recibir el sello: « ¡Miserable! ¿nos has sublevado únicamente para que te nombraran gran visir? »

XXXIX

Estos gritos de justa reprobacion lo precipitaron de su puesto en el momento mismo en que acababa de ocuparlo. Tantos crímenes no le valieron mas que dos horas de poder. Siawusch-Bajá, el antiguo gran visir, fué llamado de Malghara para recoger la tutela de aquella sangrienta minoría.

Los treinta cadáveres arrastrados por los genízaros y por el populacho en la plaza del hipódromo, fueron colgados de los piés en las ramas del plátano colosal en donde, como justa represália de la época, el generoso Mahmud II, vengador de sus antepasados, debia hacer colgar los cadáveres de los genízaros, aniquilados en su último crimen. Aquel árbol, pilori de las

víctimas y de los verdugos, recibieron el nombre de acontecimientos del *plátano* las fúnebres jornadas de la juventud de Mahomet IV.

Esta horrible matanza no sació la sed de sangre de los genízaros. Durante los diez dias que precedieron á la llegada de Siawusch, el pueblo iba todas las mañanas á contar nuevos cadáveres colgados por la noche en las ramas del plátano.

Siawusch, que padecia de la gota, enfermedad adquirida en la ociosidad y las delicias del haren, murió apenas llegó, en la noche en que hacia extrangular á su enemigo el *defferdar*. La víctima y el verdugo fueron conducidos juntos al campo de los muertos, para acusarse ó disculparse ante el supremo dispensador de la justicia.

Mohammed-Bajá el *del cuello torcido*, gobernador de Siria, fué llamado á recoger el sello. Cuarenta heridas recibidas en las guerras de Persia, de las cuales una le habia cortado y dislocado un músculo del cuello, le valieron este apodo. El nuevo caimakan Yusuf limpió, mientras llegaba, la ciudad de las bandas nocturnas que continuaban formando grupos en el hipódromo y colgando en el plátano las víctimas que les eran designadas. Arrancó á los mismos genízaros, reunidos al rededor del estandarte del Profeta, el castigo de sus propios agitadores, Rum-Hassan, Schamli,

Jamakali y Kara-Othman. Sus cabezas fueron expuestas para aterrar á sus cómplices ante la puerta del serrallo y debajo del árbol que les habia servido de patíbulo.

XL

Al dia siguiente de estos asesinatos llegó á Constantinopla la noticia de la destruccion por los venecianos de la escuadra del capitan-bajá Kenaan, en la embocadura de los Dardanelos. Ochenta galeras fueron incendiadas ó echadas á pique por el almirante Marcello, cuyo nombre fué tan terrible en la memoria de los turcos como el de don Juan de Austria despues del combate naval de Lepanto. Tenedos, Lemnos, Samothraces, islas situadas en el corazon de imperio, cayeron bajo la dominacion de Venecia.

Mohammed, *el del cuello torcido*, descubrió, poco despues de llegar á Constantinopla, una trama del ambicioso Masud, nombrado muftí por influjo de la sultana Tarkhan, demasiado encantada de su elocuencia en el consejo. Habia conspirado para derribar á Mahomed IV y coronar á Suleiman, con la esperanza de ser tutor.

Desterrado en Brussa, y tratando de sublevar la Caramania, el juez de aquella ciudad, que le seguia los pasos, denunció su proyecto á la Puerta. Una carta del sultan ordenó al juez que le enviara la cabeza del muftí. Al recibirla, mandó á unos supuestos cazadores que cercaran la casa de campo que habitaba Masud en las faldas del monte Olimpo. Sorprendiéronlo comiendo fruta con sus mujeres en un kiosko de sus jardines, á la luz de la luna.

Al ver á sus asesinos, no se resignó como pontífice, sino que tiró el sable y se batió desesperadamente por la vida ó la venganza. Su cadáver, tendido cerca de la fuente adonde habia ido á buscar las delicias de una noche del estío, fué examinado al dia siguiente con mucha curiosidad por los musulmanes y por los cristianos de Brussa. Los unos lo veneraban como mártir, los otros lo execraban como á un perseguidor de los cristianos, que habia mandado cerrar muchas iglesias en Constantinopla cuando era muftí. Masud, que era el segundo muftí muerto de esta suerte, era de la peor raza de los perseguidores, de los que lo hacen sin fé, con hipócrita fanatismo. La intriga, la ambicion, su vida agitada, su talento y su elocuencia durante esta *fronda* de los turcos, bajo la minoría de Mahomet IV, recuerdan al cardenal de Retz en Francia. Hombres tumultuosos uno y otro, jamás lograron

llegar á ver calmados sus deseos ambiciosos : buscaban la gloria y solo hicieron ruido.

XLI

Estas ejecuciones no abrian los Dardanelos bloqueados en Tenedos por los venecianos, no reforzaban el ejército de Candia, no llenaban el exhausto tesoro, no reparaban la escuadra, no cubrian las bajas del ejército. El sultan, que crecia en edad y en razon, reunia en vano divan sobre divan para dar algun vigor á la monarquía, reprendiendo al visir. La caida de Mahomet, *el del cuello torcido*, fué decretada por un movimiento generoso de impaciencia del jóven sultan.

« Quiero, » dijo un dia en el consejo, « ponerme á la cabeza de las tropas para marchar contra los venecianos que devastan nuestras provincias de Grecia; prepárame, visir, un ejército y una escuadra dignos de un padischah. »

El gran visir alegó la imposibilidad de improvisar una flota en un tiempo en que la indisciplina habia minado la obediencia de las tropas, las sediciones, el orden en el imperio, los venecianos y las tempesta-

des habian destruido las escuadras, y cuando el tesoro que no recibia el producto de las contribuciones, no podria reponerse sino por medio de donativos de los ricos, tan avaros para guardar como habian sido ávidos para adquirir.

Habiendo comunicado el sultan esta respuesta á su madre, ella citó para una entrevista nocturna y secreta al anciano Kœprilu, que era el consejero del imperio. « Todo perece, » le dijo la Validé, « por falta de una mano que sostenga y levante el mundo; ¿ te sientes tú con valor para aceptar esta pesada carga en situacion tan desesperada? »

— « Si, » respondió el viejo, « con el auxilio de Dios y la bendicion de la sultana Validé, yo me obligo á repararlo todo, con condicion de ser omnipotente, de que nadie me iguale ni rivalice conmigo en influjo en el ánimo del padischah y de su madre, con tal que mis órdenes sean ejecutadas, sea creido por el sultan y por vos, y que desoigais las calumnias de mis enemigos. »

La sultana juró en su nombre y en el de su hijo observar fielmente estas condiciones de dictadura absoluta exigida por el hombre necesario. Kœprilu recibió al dia siguiente el sello del Estado, en consejo, de manos del sultan, y Mohammed, *el del cuello torcido*, fué desterrado.

El tardío advenimiento de un solo hombre era la restauracion de todo un pueblo. La mano de la jóven sultana, extendiéndose al azar sobre tantas cabezas, habia por fin caido sobre el predestinado del imperio.

LIBRO VIGÉSIMO SEPTIMO

I

No se debe despreciar demasiado á los hombres que son por lo regular capaces, pero desgraciados, hasta el punto de no poder con todos sus esfuerzos evitar la decadencia de las naciones, ni tampoco alabar con exceso á los que las realzan. Independientemente del mérito, el destino tiene mucho influjo en la fortuna próspera ó adversa de los hombres de Estado. Hay en el curso de las cosas humanas horas fatales en que es impotente el heroísmo, el talento, la virtud misma, horas desgraciadas para los que viven y los que rei-